

Testimonios

Don Eliodoro Yáñez Visto por su Hija María Flora

Por FIDEL ARANEDA BRAVO,
de la Academia Chilena

Conocíamos a María Flora Yáñez como narradora ágil, pero ignorábamos sus eximias condiciones de biógrafa, aunque en "Peldaño", su última novela, traza con maestría las imágenes de los personajes principales: Nora, Julio y Ernesto. Son retratos acabados, magníficos, todos actúan con desenvoltura.

Si en Chile no viviéramos en permanente compadrazgo y evitáramos los prejuicios políticos, ya María Flora Yáñez y María Luisa Bombal habrían obtenido el Premio Nacional de Literatura.

La biografía tiene mucho de novela cuando está bien escrita. María Flora, en la conferencia que dictó no hace mucho sobre su padre, don Eliodoro Yáñez, deja un buen retrato del estadista extraordinariamente culto, sagaz y visionario, que si hubiera tenido más temple de caudillo habría honrado la presidencia de su patria.

La hija muestra a su padre, sin los ambages y tapujos tan del gusto de la cursilería de

algunos chilenos: María Flora comienza diciendo que don Eliodoro era pobre de solemnidad. Cuenta una anécdota deliciosa que sólo una mujer tan inteligente y sencilla como la autora podía referir: El profesor Crescente Errázuriz Valdivieso, ¡qué maestro!, para mostrar gráficamente lo que es un "manto talar", llamó a su alumno de Derecho Canónico, Eliodoro Yáñez y le dijo: "Yáñez, venga aquí, acérquese". Y mostrándolo bajo el sobretodo, agregó: "un manto talar, aquí lo tienen". Era un abrigo del hermano mayor del joven universitario. Errázuriz y Yáñez fueron, más tarde, muy amigos: aquel, el maestro, fue el 5º Arzobispo de Santiago, por la atinada intervención de su discípulo. Yáñez lo debía todo a su talento, "él formó, pues, su propia dinastía", dice María Flora. Gracias a su inteligencia, fue diputado, hábil Ministro de Relaciones Exteriores, senador, presi-

dente del Senado, propietario de "La Nación", Consejero de Estado, académico, hombre influyente, capaz de cambiar la mentalidad social y política del país y de hacer Arzobispo de Santiago al sacerdote más connotado de su tiempo, el único que estaba en condiciones de realizar la obra de reconciliación entre la Iglesia y el Estado.

Una anécdota que retrata la elevada dignidad moral de la autora de esta semblanza es aquella que relata el compromiso matrimonial de sus padres: doña Flora Tupper Zegers encontraba "oscuro" al pretendiente de su hija, y consultó a su mediohermano, Jorge Huneeus Zegers, quien le dijo: "Este joven oscuro de que me hablas fue mi alumno. Le pronostico un porvenir brillante. Acéptalo sin vacilar". El vaticinio fue certero.

Un comentario exhaustivo de la penetrante semblanza de María Flora Yáñez alargaría este artículo, pero es impo-

sible abstenerse de transcribir siquiera unas líneas del paralelo que esta mujer objetiva y serena hace de la personalidad de su padre y de don Arturo Alessandri, el político más genial de nuestro continente en el presente siglo: "Representaban algo del todo diferente en su idiosincrasia; y si ambos tenían ideas de vanguardia y anhelaban para el país una auténtica democracia, sus cualidades y su técnica eran diferentes. Eliodoro era la encarnación de la elocuencia sobria, profunda, elegante, rica en vocabulario; Alessandri era tribuno: arrastraba a las masas. Mi padre, demasiado frío para identificarse con el pueblo mismo, planeaba más arriba, rasgo que lo alejaba de aquellas turbas a quienes Alessandri dominaba a su antojo. Este último sabía también mostrarse más audaz en sus expresiones, cualidad que acercaba su persona a quienes lo escuchaban".

Emocionante, triste y denigrante para Chile es esa página en que la autora evoca, nostálgica, el despojo de "La Nación", de que fue víctima su venerado padre.

Basta, porque falta espacio. La aguda, apacible y dinámica biografía de Eliodoro Yáñez, escrita por su bienamada hija, María Flora, es una miniatura artística y una lección cívica, digna de ser conocida.



Don Eliodoro Yáñez, culto y visionario.

Apuntes de Tertulia

La Mágica Existencia de Rosamel del Valle

Por SÜETONIO

No me perdono haber olvidado escribir algunas líneas con motivo del duodécimo aniversario de la muerte de Rosamel del Valle. Muerte en su sueño, luego de una corta enfermedad. Esto ocurrió, para dolor de la familia literaria, el 22 de septiembre de 1965.

Rosamel presentía que su existencia estaba por agotarse cuando regresó a Chile desde Estados Unidos, donde se desempeñó como funcionario del Departamento de Publicaciones de las Naciones

Unidas. Con Therese Dulac, su segunda esposa, había elegido un pedazo de tierra en el Cementerio General. Recorrieron muchas secciones, a todas horas del día, hasta que, finalmente, dijo: "Aquí. Debe ser aquí. Hay más sol. Más luz y las flores se darán más hermosas".

La vida del poeta fue de permanente inquietud. Hizo de todo: reportero en "La Nación", ya contagiado con las tintas en la imprenta "La Ilustración"; funcionario de la Dirección de Correos y Telégrafos; colaborador de las revistas "Letras", "Gong" (fundada y dirigida por Oreste Plath); viaja por Estados Unidos, Canadá y Europa.

Con Juan Florit, J. Moraga Bustamante y Homero Arce fundó la revista "Ariel", que, corriendo la suerte o la mala suerte de todas las publicaciones literarias, tuvo una brevísima existencia. Homero Arce contó, en su cuaderno "La mágica existencia de Rosamel del Valle" (1966) que un domingo de abril de 1965 su hermano Fenelón lo invitó a conocer al poeta: "Y al atardecer de ese día, acompañado de mi hermano, entré por primera vez a la casa de Rosamel del Valle, ubicada en la calle San Francisco, más o menos a la altura de la quinta cuadra, en donde vivía con su madre viuda, a quien los amigos de la casa llamaban cariñosamente señora Ita, diminutivo de Honorita, y con tres hermanos menores: Juan, Sergio y Rubén. En ese momento, el poeta se hallaba en el comedor, sentado frente a una larga mesa cubierta de un hule blanco, en la que había una botella de vino tinto, algunas copas y muchos papeles dispersos. Lo acompañaban sus amigos Juan Florit, Gerardo Moraga Bustamante y Efraín Estrada Gómez. Después de las presentaciones del caso y, por supuesto de una copa general de vino, me incorporé a la reunión. Se planeaba la publicación de la revista "Ariel".

Sería una revista nueva, de arte nuevo, lanzada para arrasar con las telarañas y con la apatía colectiva, destinada a remecer las conciencias con un manifiesto que el grupo pegaría en todas las esquinas de Santiago. El primer

número de Ariel, financiado, según afirma Homero, con el peculio de sus animadores, apareció en junio de 1925.

Y en ese número, como si estuviese ya colubrando algún apagón, Rosamel del Valle alzaba la voz: "El movimiento de transición que gira en el pensamiento de nuestra juventud intelectual comienza a detenerse. Los horizontes son más claros. Hay caminos vastos encendiendo la llama augural. Las voluntades sacuden su fiebre de humo y de sombra. Llegada ya la total renovación, los espíritus tuercen las rutas sinuosas y emprenden, firmes y altos, la marcha hacia los cantos nuevos que se dispersan entre el cielo, el mar y la tierra, como montañas nuevas y abiertas al mundo".

Eran los jóvenes impetuosos de entonces.

Nada podía detenerlos con un portaestandarte como Rosamel. Los críticos fruncieron el ceño. Los poetas románticos y clásicos —y había muchos— establecieron en anatemas. A propósito del lanzamiento del libro "El aventurero de Saba", de Humberto Díaz Casanueva, editado por Ediciones Panorama, también impulsado por Rosamel, Raúl Silva Castro comentó: "Terminamos de leer El aventurero de Saba y no hemos encontrado por parte alguna al tal aventurero, ni a la tal Saba".

Era un hombre taciturno, de sonrisa amplia, pero un tanto triste, si es que este adjetivo puede adjudicarse a la sonrisa. Llegaba a "Ercilla", donde trabajábamos amigos suyos, para entregarnos uno de sus poemas o, simplemente, para charlar. Y esas charlas solían prolongarse en algún bar de las cercanías.

Entañable hermano espiritual de Humberto Díaz Casanueva, iba de diario en diario, de revista en revista, entregando la última obra de éste. "Hay que leerla con mucho cuidado —aconsejaba—, porque andan por ahí unos tontitos que no

demorarán en tirarle su puñado de barro". Este efecto, este permanente acercamiento entre los poetas fue siempre inalterable. El autor de "Sol ciego" hablaba de su amigo con verdadera pasión. Cuando, en mis andares periodísticos asumí la dirección de la página literaria del diario "La Prensa, de Lima, ciudad donde él desempeñaba el cargo de Ministro Consejero de nuestra representación diplomática, me llamó cierto día para pedirme: "Tengo un trabajo sobre Rosamel y, como tú estás empeñado en presentar poetas chilenos, nada es más oportuno que destaquemos a este alto valor de nuestra poesía".

Y el trabajo se publicó, con gran contentamiento de Humberto. A su muerte escribió:

"Rosamel
Tu carta postrera
carta
me llega latiendo dentro de tu
muerte.
Es tan triste
retener tu mano
ya anegada
Me llega la luz
de un sol ciego
rodando
en el fondo de todos nosotros".

Homero Arce recordaba que la familia literaria, todos bohemios por arrogancia independentista, se reunía en "El Jote". "Entre ellos estaba Pablo Neruda, el más joven y el poeta mayor, autor ya de Crepusculario y de Veinte poemas de amor, de El habitante y su esperanza y de Anillos; Tomás Lago, quien con Pablo publicaba este último libro; Diego Muñoz, estudiante de leyes y periodista que debutaba como pintor de murales; Antonio Rocco del Campo, Alberto Valdivia, conocido como el cadáver Valdivia, por su escualida figura; Rafael Hurtado; Alberto Rojas Jiménez, que regresaba de Europa, a donde había ido compartiendo un pasaje con el pintor Abelardo Paschim Bustamante, y Orlando Oyarzún..." Y tantos más.

La mágica existencia de Rosamel del Valle cobra plena actualidad ahora que sólo uno de este último grupo tiene aún residencia en la tierra. Homero Arce partió hace poco. El atestigüó toda una vida hermosa de la que Rosamel disfrutó en plenitud, en anchura de goce poético.

